



Vincent van Gogh, La lectora de novela, óleo sobre lienzo, 92 x 73 cm, 1888

# Sobre libros y espacios

José Guillermo Ánjel R.

*La parte material solo puede ser asociada al libro en una medida circunstancial: al principio fue una tablilla entre los sumerios, un hueso entre los chinos, una piedra, un pedazo de cuero, una plancha de bronce o hierro, un papiro, un códice, un papel y ahora un disco compacto o un complicado dispositivo electrónico.*

Fernando Báez<sup>1</sup>

## Pequeña aclaración

**E**s claro que vivimos en una tierra abundante en índices de sobrepoblación. Esto ya no es noticia, y los únicos que se asustan son los malthusianos que hacen cuentas acerca de la progresión geométrica de la procreación y la estadística de los alimentos. Siguiendo estos cálculos, llegará un día en que nos comeremos unos a otros (ya los *gourmets* se imaginarán la manera). Pero por el momento, el problema del canibalismo futuro no lo tenemos cerca. Cada día comemos menos (hay menos trabajo

físico y más dietistas) y la sensibilidad en torno a los que se mueren de hambre también rebaja. Esto último es algo brutal, pero morir de hambre ya no es cosa de titulares de prensa. Todo parece indicar que los que se mueren de hambre son los mismos, lo que es más terrible todavía.

En los países sobrepoblados, que son casi todos y en los que la mayoría debería pensar igual para tranquilidad de los gobernantes, todo es más pequeño: los autos, los cines, los apartamentos, los parques, la gente, lo que se debe estudiar, el futuro y, evidentemente, las bibliotecas (los muebles) que ya no aparecen en los diseños de los arquitectos. Y no porque la gente no lea: a más población más libros que antes, aunque el índice *per cápita* sea dramático. El espacio destinado a la biblioteca, que se redujo notablemente a finales del siglo XX, ha sido reemplazado por un lugar para situar la computadora o el baño, o una cocineta o un sitio para los que duermen de pie. De todas maneras, debido a la reducción espacial, los espacios servidos no fundamentales tienden a ser

rectangulares, esto cuando en las paredes no han empotrado muebles, la cama por ejemplo, para tener un poco de lugar de trabajo o de divertimento frente a una ventana.

Vivimos en la época de la miniaturización (antes en poder de enanos y bufones, poseedores de lupas y gente que buscaba darle significado a lo insignificante), en un algo así como Blancanieves en la casa de los siete enanos. Los días del espacio mínimo vital (40 m<sup>2</sup> por persona) se anulan para darle cabida a lugares más pequeños y la vida se vuelve estrecha. En cien años más, no sé cómo serán esas espacialidades; supongo que lineales.

Cuando los espacios se reducen, los más afectados son los bienes muebles, en especial todo aquello que va con uno o hace la vida más variada en el lugar que se habita. Y, en el caso que nos ocupa, el libro es el más afectado.

## El libro y el cambio de soporte

En una USB (memoria electrónica) de una giga, caben diez mil libros medianos. O sea que en el espacio de la primera falange de un dedo pulgar hay una biblioteca de más o menos 30 m lineales, en el caso de que cada estante tenga dos lados. Y en esa memoria, que mi abuela llamaría “aparatejo”, al menos hasta donde sabemos, los textos no se pierden. En primera instancia esto parece una especie de paraíso fantástico: todo el conocimiento preferido en un aparato del tamaño de un borrador de lápiz austriaco, que ya se usan poco y son más una curiosidad. No alcanzo a imaginar lo que hubiera descubierto Jorge Luis Borges en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, material que podría caber en cuatro memorias de 16 gigas, sobrando espacio. Borges llevaría la biblioteca a su portátil (o a un teléfono

celular con Windows) y le bastaría buscar la palabra o el concepto para tener toda la información a la mano en menos de lo que uno se gasta fumando un cigarrillo. Claro que en el caso de Borges (un buscador atento), la cantidad de datos por montones (esa especie de Funes el memorioso) lo enloquecería. Buscar en una biblioteca electrónica ya no es vivir el placer del hallazgo sino una tragedia. El alud de información desborda a cualquier cerebro sano. Y debido a la falta de análisis, nos vuelve más ignorantes, como dice Francois Lyotard.

Sin embargo, es lógico que como respuesta a la reducción del espacio para habitar, se vea afectado también, si no desaparecido, el lugar que ocupan los libros. De aquí que lo electrónico sea una solución secular, propia de la era de los amontonamientos. Lo que no sabemos es si estos libros permitan ser conservados, como ha sucedido en los últimos 2.000 años (a pesar de las quemaduras y las guerras), no solo en calidad de objetos sino como referente de materiales, arte y tipos de impresión. Mientras los libros como objetos sobreviven en calidad de memorias completas (y por ello de documentos), no sé qué podría suceder con los libros electrónicos, que pueden ser variados en su contenido, intervenidos y hasta borrados por intereses ajenos al poseedor de estos formatos. Ya se sabe que lo que más han temido los sistemas han sido los libros, pues estos tienen la capacidad de reproducir lo que ya se daba por muerto o vencido, en especial el pensamiento laberíntico, ese que es marginal a los intereses políticos. Desde que aparecieron las novelas *1984* de George Orwell, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury y *Memorias encontradas en una bañera* de Stanislav Lem, la idea de una



Biblioteca Angélica de Roma, Italia

central que controle la lectura ha sido una preocupación de los escritores. El libro, hasta ahora, nos hace libres y leer lo que queremos, en términos de Michel Foucault, es un acto de resistencia. Así que una central en red que controle contenidos y lectores es el objetivo de cualquier sistema. Y esta central es posible con el libro electrónico y el soporte que utiliza.

## La melancolía del libro de papel

Decía Umberto Eco que se debe regresar a la caligrafía porque apretar teclas no enseña a escribir sino a digitalizar. La escritura, que es una manera de dibujar, es una ordenadora del cerebro ya que uno, escribiendo a mano, se obliga a crear la letra, la palabra y la frase, siguiendo un ritmo de motricidad fina. Con las teclas y los dedos que digitalizan, el reto de trazar líneas y darles un sentido, crear una situación en

que la destreza (la habilidad) es reemplazada por una maquinización, afecta nuestra estima (en términos primarios nos consideramos seres útiles). De igual forma sucede con el libro tradicional, que hasta el momento nos ha obligado a mirar sobre una superficie, inclinando la cabeza, y usar los dedos para ir de una página a otra, así como manejar un objeto para señalarlo o usar los mismos dedos para doblar la página en la que se va. Este libro tradicional, que contiene el ritual de la lectura, también es un elemento que ocupa un espacio y determina la función del sitio donde se encuentra. El libro electrónico, en cambio, es un objeto que contiene dentro una buena cantidad de lectura, pero no un lugar. Y si bien se puede llevar con uno y hasta leerlo de la manera tradicional, al caer al suelo puede arruinar el total de una biblioteca y ni hablar si se humedece. Y al tiempo, al ofrecer tantos títulos en un solo



aparato, ese exceso de oferta daña la capacidad de decidir bien sobre un solo libro. Y el tener muchos libros a disposición puede convertirse en un juego, como pasa con la música en los ipod. No sucede esto con el libro que llevo conmigo, que es una sola oportunidad y en mí está el concluirlo o dejarlo, pero al menos fue una opción de tomar uno y ser capaz de encontrar múltiples oportunidades en ese uno.

Para quienes leemos en libros tradicionales, la nostalgia del libro está presente. A un solo libro le hemos logrado el mayor número de datos y de lugares (leerlo en la cafetería, en la casa, en un vehículo), de opciones de tejido social (prestándolo) y de sitio de trabajo (acotándolo). Además, hemos reconocido su valor, ya por su pasta dura o blanda, ya por las imágenes, la diagramación, el tipo de papel, etc. Los que nos consideramos buenos lectores tenemos un mundo alrededor del libro (algunos lo llamarán manía), que se anula con el formato electrónico, que contiene qué leer pero no es objeto, sino recipiente de textos.

Y si bien es cierto que hay gente (estos consumirán el libro electrónico) que ya no sabe que hubo máquinas de escribir o piedras de lavar, casas con patios, zaguán, solar y sótano, quienes todavía tenemos estos objetos y lugares en la memoria no caemos en la trampa de los animales de zoológico, que al haber sido criados en cautiverio no saben que hay praderas ni montes ni selvas, animales que persiguen o son perseguidos y mucho menos libertad. Y con esta memoria de un pasado pequeño burgués construimos la nostalgia del libro, que tiene que ver con otros espacios y vivencias, con más lenguaje y

por ello más mundo lento, que es el susceptible de ser entendido.

El libro electrónico ya es un hecho y no hay que esconder la cabeza en un hueco, como hacían los avestruces cuando todavía vivían en espacios propios de su hábitat y no en criaderos en los que aprovechan sus muslos para venderlos como jamones. El libro electrónico existe, pero ¿quiénes serán los lectores de ellos? ¿Serán capaces de leer un libro clásico que habla de cosas que no existen para esos lectores y por ello las desprecian? Creo que el lector tipo buscará su contemporaneidad, lo que es natural, y quizá, como ya pasa, admita que solo lo *light* es valioso y el resto hace parte del polvo y moho de la historia. Y es posible que suceda que esos espacios, logros, costumbres y usos que aparecen en los libros viejos no sean integrados al libro electrónico porque ya son insignificantes para el electro-lector. El soporte del nuevo libro llevará a nuevas lecturas y, seguramente, el mundo seguirá funcionando dentro de esos órdenes regidos por la tecnología. El pasado fue mejor sólo para quienes estuvieron bien acomodados en él; para los demás es una calle oscura.

Los soportes cambian, pero también promueven unas resistencias interesantes, fruto de la nostalgia y el romanticismo, de otras maneras de pensar y de la defensa de la libertad, que no es masiva sino individual, como bien se sabe. De aquí que la llegada del libro electrónico no sea un elemento del fin de los tiempos, sino de la conclusión del lector tradicional y de los espacios de almacenamiento de libros (bibliotecas). ¿Y cómo resistir a estas nuevas razones? Creo que frente al libro electrónico aparecerán los clubes de lectores del libro tradicional, que se reunirán en sótanos o buhardillas y que,

como los coleccionistas que plantea Walter Benjamin, convertirán el libro de papel en una especie de objeto sagrado, propio para iniciados y maestros. Los miembros de estos clubes mantendrán vigentes las imprentas, el comercio de libros y unas formas de relación que irán contra la época (es posible que sean perseguidos), pero acrecentarán el espíritu de esa minoría. Pasará como con los *gourmets*, que permiten que las

papilas gustativas no pierdan su función original. ¿De dónde sacan lo que comen? Es un secreto.

## Referencia

<sup>1</sup> Báez, Fernando, *Historia universal de la destrucción de libros*, Colección Imago Mundi, Barcelona, Ediciones Destino, 2004.

### José Guillermo Ángel R.

es Comunicador social y Ph.D. en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana donde se desempeña como profesor. Es docente de cátedra del programa de Historia de la Universidad de Antioquia, dirige el programa de radio *La otra historia* y publica con frecuencia en el periódico *El Colombiano*.

Ha publicado, entre otros, los libros: *El tren de los dormidos*, *La luna verde de Atocha*, *Historias del barrio Prado*, *De dictadores, ángeles peatones y pecados renovados*, *Mindele 1955* y *El amante de Lily Marlén*.

Escribió este artículo especialmente para *Agenda Cultural Alma Máter*.